

LA ACELINA,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR D. E. T.

ACTORES.

Matilde.

Aimar, señor feudal, tutor de Acelina.

Acelina.

Acemon, amante de Acelina.

Alberto, confidente de Aimar.

Mariana, aya de Acelina.

Cecilia, criada.

Un soldado.

Un paisano.

Guardias y soldados de Aimar.

Paisanos y Paisanas.

La Escena es en un castillo.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa de un lado las paredes del castillo, y en ellas ventanas con rejas: del otro lado una torre. En el medio, y cerca de la escena, un terraplen con un muro de apoyo, que corta el teatro desde un bastidor al otro: detrás del muro se supone estar el foso del castillo. En el fondo un campo, y el horizonte muy bajo, porque el muro y terraplen ocultan una parte de lo descubierto. En el fondo se dexa ver Acemon, el qual caminando hácia el castillo, se oculta en breve, porque baxa al foso; pero no tarda en mostrarse de nuevo sobre el muro, desde el qual salta al terraplen. Cerca del muro de la parte de acá habrá dos árboles pareados.

Aun no es muy de día.

ESCENA PRIMERA.

Acemon solo.

Acem. **A**un duermen todos: ahora de nadie ser visto puedo. Este amor, sin esperanza que has inspirado à mi pecho, y las súplicas humildes

que por tí dirijo al cielo, ¿quàndo lograré mostrarte, ó tú, desdichado objeto de mi ternera?... ¡Infelice! tu consolador acento

A

ja-

jamás llegó á mis oídos:
solo verte desde lejos
es el placer con que alivio
cada día mi tormento.
Los males que de continuo
padece en ese encierro,
¿quál me afligen é interesan
en tu desgracia! El deseo
de hacerte libre, constancia
y valor me dará á un tiempo.
Mas entretanto, ¿qué penas
tan estériles padezco!
¿triste del que separado
de su amada está viviendo!
¿Dónde felices instantes
de indiferencia y sosiego,
dónde fuisteis? ¿qué tranquilo
entonces viví! El afecto
de una madre cariñosa
bastaba en aquellos tiempos
á hacerme feliz. Mi alma
ignoraba un sentimiento,
que va á labar su dicha
para siempre... ¿y yo me quejo?
¿no me hace amor venturoso?
El verla solo un momento,
este placer tan suave
¿no disipa el desconsuelo
de todo un día? mas ya
ha amanecido. Atar debo
al árbol el ramillete
que formé para mi dueño.
Hermosas flores, decidla
quánto en mi corazón siento,
que á una muger amorosa
no es difícil entenderos.
Si os miran sus bellos ojos,
y por mi dicha á su seno
os lleva, decidla entónces
lo que yo decir no puedo.
Pero oigo pasos: huir
para no exponerla, debo.

Salta al foro, y se va.

ESCENA II.

Mariana y Cecilia.

Mar. No me engañé, no: yo he visto
cantando á un hombre aquí mesmo
debaxo de esas ventanas.

¿Será amante?... ¿qué consuelo!
Una muger encerrada
necesita algun recreo;
¿y amor lo es tan dulce y grato!
Cecil. ¿Mas ah infeliz! su desvelo
inútil es, y es en vano
la esperanza de su pecho.
Mar. ¿Acelina!... ¿pobre niña!
aun reposa. Los deseos
que ha inspirado, el mal que causa
ignora sin duda.
Cecil. Aquesto
ya entender debiera.

Mar. Yo

no lo ignoraba á lo ménos
en su edad, y acaso acaso
ella tambien el objeto
penetró de los cantares.
Si habrá escuchado su acento
el fiero Aimar y rezela...
¿pero qué importa su ceño?
El deleyte de engañar
á un zeloso, y los esfuerzos
del amor serán bastante
al logro de sus deseos.
Yo que por Aimar el cargo
de custodiar aquí tengo
á esa triste huerfanilla,
servir al amante quiero,
y no al tirano.

Cecil. Aquí viene
Acelina ya.

Mar. Te ruego
me dexes con ella sola,
pues á mí qualquier secreto
libremente me confía;
despues lo sabrás. *Vase Cecilia.*

ESCENA III.

Mariana y Acelina.

Acel. ¿Qué veo?
¿tú aquí, mi amada?

Mar. Acelina,
á comunicarte vengo
nuevas alegres.

Acel. Empieza.

Mar. Esta mañana,
ha estado un jóven.

Acel. ¿Un jóven?

¿ cómo has podido saberlo ?

Mar. Porque baxo esas ventanas, cantando estuvo algun tiempo.

¡ Qué voz tiene tan suave!

Acel. ¿ Y le viste ?

Mar. No por cierto: abrir no osé la ventana.

Acel. ¿ Pues cómo sabes, sin verlo, que es jóven ?

Mar. ¡ Ay Acelina ! la muger en un encierro, pronto por la voz conoce á un jóven aunque de léjos.

Acel. ¿ Con que te gustaba oírle ?

Mar. ¿ Si me gustaba ? en extremo; y á tí te hubiera agradado igualmente, porque tierno hablaba de amor, lloraba, se ponía á cantar luego en voz baxita, muy baxa; mas yo no perdí por eso ni una palabra: ¡ qué impulsos de despertarte me diéron !

Acel. Si no dormía. *Sonriendose.*

Mar. ¿ Qué dices ? ¿ no dormías ? con que luego has escuchado...

Acel. Tan bien como tú

Mar. ¿ Pues á qué efecto me haces contar ?...

Acel. Sigue, sigue, que en oírte me deleyto.

Mar. Vaya, que para una vez que nos ha enviado el cielo un ángel consolador, bastante bien te has impuesto.

Acel. ¡ Una vez ! no, mi Mariana, no es la primera.

Mar. ¿ De cierto ? ¿ pues qué ? viene...

Acel. Cada dia.

Mar. Cada dia, ¿ y sin saberlo estaba yo ?

Acel. No lo extrañes, porque tú duermes mas tiempo que yo.

Mar. ¿ Pero quién es, dime, ese jóven ?

Acel. Te protesto, que no lo sé.

Mar. ¿ Tú le has visto ?

Acel. Muchas veces á lo lejos.

Mar. ¿ Te ha hablado ?

Acel. Nunca.

Mar. ¿ Pues cómo viene aquí ? ¿ cuál es su intento ? ¿ por qué canta ? Dímelo, Acelina, porque en esto soy tan curiosa...

Acel. Pues oye: paseando como suelo en este terreno un dia, ví un hombre que desde léjos me miraba atentamente; pero yo el rostro volviendo, hice que no lo notaba.

Mar. Y á la verdad fué bien hecho, pues lo exíge la decencia.

Acel. Yo continué en mi paséo sin mirarle; mas con todo, á veces no podia ménos de inclinar la vista al campo: no por verle.

Mar. Ya, ya entiendo, porque él te viese.

Acel. Despues fue ahi acercando, y luego que estuvo junto á este árbol, paróse, y en el momento empezó á cantar; apénas llegaba á mi oído el eco. Mas lo poco que le oí...

Mar. Te daba mucho contento: es muy natural.

Acel. Pues él, no debió así suponerlo, porque temiendo escucharle me entré en mi aposento luego.

Mar. A tu pesar, ¿ no es así ?

Acel. Desde este dia le veo de continuo en este sitio: yo poco á poco me he hecho mas atrevidilla; y ya me arrimo lo mas que puedo, con lo qual me ha parecido...

Mar. Que le das gusto, ¿ no es esto ?

Acel. Todo, todo lo adivinas. En fin ha tenido aliento de pasar el grande foso que nos separa, y sin miedo viene á cantar las mañanas enfrente de mi aposento.

Mar. Ya no extraño que gustases tanto de tomar el fresco.

¿Y qué dirá tu zeloso si oye al cantor?

Acel. Me extremezco, Mariana, con tal memoria.

Mar. ¿Ha conocido tu afecto ese jóven?

Acel. ¿Por ventura, te he dicho yo que le quiero?

Mar. Pues vaya al contrario: ¿sabe que no le amas?

Acel. Rezelo que así lo creerá.

Mar. Se engaña á sí misma: ¿mas qué veo en este árbol?

¿qué hallazgo?

Acel. Un ramillete.

Mar. ¿Que ha puesto el mismo aquí?

Acel. Sí, me ha puesto.

Mar. Adivino. He tenido el mismo encuentro muchas veces; y en verdad, me admiraba con extremo, ver en un castaño, rosas.

Acel. El amor hace portentos, Mariana.

Mar. ¿El amor ha sido?

Acel. Sí, amiga, te lo confieso: ¿y á tí pudiera ocultarlo?

Cautivada en este encierro, y sin cesar perseguida

de un zeloso que detesto, ¿por qué no he de amar á un hombre,

que sin poder ni un momento hablarme, y sin esperanza,

se interesa como vemos en mi infortunio?

Acemon aparece en el fondo.

Mar. ¿Mas cómo le dirás tus sentimientos?

Acel. Amiga, no sé.

Mar. Me ocurre un excelente proyecto. ¿El no se explica con flores?

Pues sírvete tú á su ejemplo del mismo intérprete.

Acel. ¿Cómo?

Mar. No dudes que tienen cierto language tambien las flores.

Un ramillete formemos, cuyos colores le digan tu amoroso pensamiento, y en el sitio donde estaba el suyo, le dexaremos.

Acel. Discurre bien.

Mar. Mira, mira.

Acel. ¿A dónde?

Mar. Allí abaxo: creo que es él, y ya nos ha visto.

Acel. No mirémos, no mirémos.

Mar. Tengo deseos de verle.

Acel. Que se acerque mucho temo.

Mar. Hagamos el ramillete.

Acel. Vè á hacerle, que aquí te espero.

Mar. Suena ruido. Ven, huyamos, que es Aimar: vamos corriendo.

Acelina: ¿qué espantoso es de un zeloso el aspecto.

Vanse.

Retirase Acemon.

ESCENA IV.

Aimar, y un soldado.

Aim. Yo mismo, sí, le he escuchado esta mañana al perverso: despues de saltar el muro, ha tenido atrevimiento de cantar frente á las rejas de mi castillo.

Sol. Protesto, señor, que hemos observado.

Aim. Con descuido. Y os prevengo, que si él ú otro temerario se atreve á llegar, su exceso he de vengar, en vosotros.

¿Han ido en su seguimiento?

Sol. Sí señor, y ya la guardia está el muro recorriendo: si alguno osáre acercarse, le traerán al punto preso.

Aim. Está bien. A Alberto llama; pero aquí viene. Si al reo prendieron ya, conducidle á mi presencia al momento.

ESCENA V.

Aimar y Alberto.

Alb. Nada indagar he podido:
acaso ilusion del sueño...

Aim. No es ilusion: el malvado
osó penetrar adentro
del castillo: en vano, en vano
ha sido tanto misterio,
y las demas precauciones
que ha tomado mi rezelo.
Por ver á Acelina, miran
la muerte con menosprecio;
pero aun soy mas infelice
yo que á mi lado la tengo.
¡Funesta pasion! ¡tu yugo
oprime otra vez mi cuello!
Rompí incauto la cadena
que me hizo feliz un tiempo,
y á la que tierna me amaba
desposeí de mi afecto,
para ofrecerle á la ingrata
que le desprecia: ya siento
mi error, siento mi vergüenza;
pero vencerme no puedo.

Hoy, Alberto, necesito
de tu amistad y consejos.
Pues que mis males conoces,
y le amor en que me enciendo,
alivia, si acaso puedes,
mi corazon; y sincero
dì la verdad. ¿Me censuran?
Responde, pues te lo ordeno.

Alb. ¿Y podrèis tan agitado
oir los sanos preceptos
de la zazon?

Aim. No lo dudes.
Los oirè, y á obedecerlos
me verás pronto; mas dime
con franqueza, si violento
á Acelina á que su mano
me entregue...

Alb. Será tal hecho
censurado.

Aim. De ese modo,
¿qué partido tomaremos?

Alb. Renunciar á sus amores.
Y pues que tanto deseo
de saber lo que se habla

mostrais, escuchad atento.
La desgracia de Matilde
aun lloran todos, diciendo
que despues de seducirla
la abandonais: y hace tiempo
que esta infeliz desterrada
por su amante, està viviendo
en la deshonra y miseria:
que víctima del desprecio
y de la inconstancia, oculta
su rubor y el fruto tierno
de un amor desventurado
en un áspero desierto,
donde ni aun de consolarla
os dignais con un recuerdo:
que á nueva pasion ahora
entregado vuestro pecho,
nueva victima prepará.

Aim. ¿Cómo!... ¿què dices, Alberto?

Alb. Si señor, temen que pronto
ha de seguir el funesto
fin de Matilde, á Acelina:
recuerdan con sentimientos
las virtudes de su padre,
que al morir, á vuestro zelo
confió su amada hija
como el bien mayor; y viendo
que á vuestro amor se resiste,
temen la violencia. Questo
es, señor, lo que se dice.

Aim. ¿Así piensan! ¿y severo
no haces callar los malvados
que me censuran, ni de ello
me has advertido hasta ahora?
Yo sufriera los consejos,
mas no desprecio y baldones:
y tú, que segun entiendo,
piensas con mas libertad
que me has hablado: tú, Alberto,
que tal vez esas ideas
imaginas en el pueblo;
conoce mejor mi clase,
y tu deber, advirtiendome,
que no estás en mi castillo
para unirte y dar fomento
á mis contrarios, sino
para defenderme de ellos.
Me aprovecharè, no obstante,
de esta leccion: vete luego.

Al salir, y aparte.

Alb. De esta manera los grandes,

la verdad siempre acogieron.

ESCENA VI.

Aimar solo.

Aim. A seguir la inclinacion
que me guia estoy resuelto:
los obstáculos me irritan,
y mas avivan el fuego:
¡ay de aquel que á provocar
se atreva mi enojo! pero
aquí se acerca Acelina
con Mariana: mucho temo
que esta á la traicion ayude.
Retirarme un poco debo,
por no inspirarlas sospechas...
Ocultase detrás de los árboles.
escucharlas aquí puedo.

ESCENA VII.

*Acelina, Mariana, y Aimar oculto: traen
las dos un azafate de flores.*

Mar. De las flores mas hermosas
un ramillete formémos.

Acel. Y al amor sirvan de idioma
sus colores

Mar. A despecho
de un argos inextricable,
del castillo y de sus hierros,
sabe engañar á un zeloso
el mas inocente pecho.

Acel. ¡O tú, con cuya memoria
se mitiga mi tormento!
de mi corazon recibe
el homenaje primero.

Aim. ¡Pérfida! con mi venganza
haré que espire tu afecto.

Mar. Estas rosas le dirán
tus amorosos deseos:
símbolo de la ternura
fué la rosa en todos tiempos.

Acel. Sin duda; pero es forzoso
que las espinas quitémos,
pues en viéndolas, creería
que de continuo padezco.

Aim. Cada voz es un ultraje
que da á mi furor aumento;
¡quando llegará el instante
de la venganza!

Mar. Sé cuerdo,
le dirá la violeta,
que siempre oculta en el seno
está de la yerbecilla,
pues quiere amor el secreto.

Acel. Añadamos la perpétua,
flor á que respeta el tiempo,
pues ha de ser tan durable
de mi corazon el fuego.

Mar. Ya hemos escrito la carta:
de las flores lleva el resto,
y déxame sola, así
que sospechar no darémos.

Acel. Ata bien el ramillete
al árbol; mas te prevengo
que no le oculten las hojas,
pues así nos expenemos
á que no le vea.

Mar. Bien:
no tengas ningun rezelo,
que si padiera guardarle
el corazon, allá dentro
le encontrarían los ojos
de un amante.

Vase Acelina con las flores.

ESCENA VIII.

Mariana sola.

Mar. En el correo
Se va acercando al árbol,
pondré la carta; y mañana
por la respuesta vendrémos.

Aim. Deten. *La detiene.*

Mar. ¡Ay de mi!

Aim. Traidora,
¿qué vas á hacer?

Mar. Yo fallezco. *Aparte.*

¡Ah, señor!...

Aim. Ya lo sé todo:
es en vano el fingimiento:
tiembla.

Mar. ¡Qué desdicha!

Aim. Dame
ese ramillete luego,
y entra en la torre, malvada:
¡triste de tí, si un momento
sales de ella sin llamarte!
de tu perfidia el exceso
pagarás.

Mar.

Mar. ¡Pobre Acelina!

ESCENA IX.

Aimar y Acelina.

Aim. ¿Cómo vengaré el desprecio de esa ingrata? ¿de qué modo la haré sufrir los tormentos que me devoran? mas ya viene aquí: disimulemos: á mentir la obligaré para confundirla luego, y con lentitud gozarme en su dolor qual deseo.

Oculto el ramillete Aimar, y se retira un poco.
Acel. ¡Mariana, Mariana! ¿dónde estará, que no la veo?

Ella me busca sin duda, mas voy á ver cómo ha puesto el ramillete... ¡Dios mio! *Al ver Aimar.* ¿Qué miró? ¡fatal encuentro!

Aim. En busca tuya venia, Acelina, pues intento hablar despacio contigo.

Acel. Ya escucho, señor.

Aim. Espero que quien tan crueles penas hasta aquí sufrir te ha hecho, va á ser á tus ojos grato la vez primera. Me siento ya muy trocado, Acelina: sobre mí tomó su imperio la razon, y de mi yugo á librar te me resuelvo.

Acel. ¿Qué escucho! *Aparte.*

Aim. De nuestra edad la desproporcion, tu empeño en oponerte constante á mi amoroso deseo, á hacer serias reflexiones me han determinado, y veo que labro tu desventura y la mia al mismo tiempo. En fin, he rompido el dardo que clavastes en mi pecho á tu pesar, y conmigo voy á traer al momento á Matilde, á la que nunca olvidar debí indiscreto.

Acel. ¡Ah, señor! ¡esa infeliz,

cuyas virtudes el pueblo tanto encarece!... sus males...

Aim. La verás aquí muy presto: entre los dos, agradable esta morada le harémos.

Acel. Yo, señor, la estrecharé en mi corazón.

Aim. Aprecio tu bondad sobre manera; pero aun no basta ese zelo; falta ahora que me digas, pues ha de llegar hoy mesmo, ¿cómo deberé mostrarla la ternura de mi pecho?

Acel. No me toca á mí enseñaros.

Aim. Pues yo lo contrario creo, bella Acelina. En amores nunca ha faltado el ingenio á la muger mas sencilla.

Acel. ¿Qué querrá decir con esto? *Aparte.*

Aim. Si de amor hablo á Matilde, que no ha de creerme temo, y por fingidos tendrá acaso mis juramentos.

¿Te parece que me valga de un ingenioso rodéo, de algun emblema sutil, de unas flores por exemplo?

Acel. ¡O cielos! *Aparte.*

Aim. Un ramillete con arte, y gracia compuesto: ¿què! ¿te turbas?

Acel. ¿Yo, Señor?...

Aim. Respóndeme, ¿no es cierto que una flor es elocuente? ¿què dices? Pero mi acento vuelve pálido tu rostro:

La enseña el ramillete.
¿pérfida!

Acel. Mi muerte veo.

Aim. Ya se descubrió el engaño, y en breve su atrevimiento expiará el seductor que á mí prefieres.

ESCENA X.

Dicho, y un Soldado.

Sold. Ya preso está, señor, aquel jóven.

Acel.

Acel. ¡O qué golpe tan funesto!

Sold. Llámase Acemon, y habita una choza en el opuesto lado del río.

Aim. Traedle á mi presencia al momento, y temed su fuga. Tú *A Acelina.* vete tambien, pues no quiero goces el placer de verle, quando por vengarme intento separaros para siempre.

ESCENA XI.

Dichos, y Acemon conducido por los guardias.

Acelina al salir encuentra à Acemon.

Acel. ¡Ay triste!

Acem. Cielos, ¡qué veo!

Aim. Vete. *A Acelina.*

Dexadme con él.

A los guardias, los que se retiran hacia el castillo.

ESCENA XII.

Aim. Hombre audaz, que con objeto de seducir á una jóven, sin experiencia á este encierro osastes llegar, ¿quál era tu esperanza? ¿quién aliento te dió para que vencieses, atropellando el respeto, un obstáculo sagrado? respóndeme.

Acem. ¿Y á qué efecto? ¿qué vale el justificarse con quien á su enojo ciego solo escucha? Pues me tienes á tu poder ya sujeto, dispon de mí.

Aim. Quando à amarla se determinó tu pecho, ¿consultaste la prudencia? ¿no viste el espacio inmenso que hay entre ti y Acelina?

Acem. El amor quando es violento, nada prevee.

Aim. ¿Tú me insultas? ¿Has conocido á qué extremo

puede llegar mi venganza? *Acem.* A darme la muerte; pero entretanto, ¿quién podrá impedirme que á los cielos ruegue por esa infelice, que oprimida está gimiendo en tus atroces cadenas?

Aim. No me admira que resuelto desprecies así la muerte. Amor no conoce riesgos quando al extremo ha llegado: mas no solo à tí comprehendo en mi amenaza, no solo en tí vengarme deseo: otro golpe mas sensible á tu corazon reservo. Sabe que adoro á Acelina, que me atormentan los zelos, y que si no fuere mia, morirá.

Acem. ¡Monstruo perverso! *Aparte.*

Aim. ¿Te estremecas? sálvala del castigo mas sangriento, si la estimas.

Acem. ¿De qué modo?

Aim. Afirma con juramento, á su presencia y la mia, que ella nunca fué el objeto de tu amor, sino que à otra se dirige tu deseo: de las sospechas que pudo inspirar tu atrevimiento, pídelo un perdon humilde, y acepta, ó finge á lo ménos aceptar allí la mano de una muger, que al intento haré llevar.

Acem. ¡Duro trance! *Aparte.*

Aim. ¿Aun dudas? Si algun afecto la profesas, te repito que de mi furor violento la salves; si no, mi brazo atravesará su pecho. *Saca un puñal.*

Acem. ¡Si á mi solo amenazáras!

Con resolucion.
Cruel, has hallado un medio para ser obedecido.

Aim. ¿Acéptasle?

Acem. Si: le acepto.

Aim. Guardias

Llegan.

Aimar.

Aimar habla en voz baxa á uno de ellos,
y se van.

Acem. ¡Horrorosa prueba!
Si me ama, ¡qué tormento
á causarla voy!

Aim. Atiende
á la promesa que has hecho
De Acelina está la suerte
en tus manos; y no tengo
nada que hacer, solamente
cerca de ella estaré atento
observando tus miradas
y las suyas: y si advierto
la menor seña en vosotros,
la haré morir.

Acem. Ten por cierto
que obedeceré... ¡mas ah!

Aim. Tú libre serás en premio;
y aun mas, de mis beneficios
te colmaré.

Acem. Los desprecio.
Con compasion.

Aim. ¡Infeliz no así me ultrages,
pues aun mas que tú merezco
la compasion. Mas ya vienen:

Pone mano al puñal,
si me engañas, este acero
me vengará de vosotros.

Acem. ¡O desgraciado momento!

ESCENA XIII.

*Aimar, Acemon, Acelina y Guardias, Hom-
bres y Mugeres del castillo.*

Aim. Yo me he engañado, Acelina:
Cerca de Acelina.

no es joven reo,
pues á tí no dirigia
sus amorosos deseos:
mi cólera ha desarmado,
descubriendome el secreto;
y ahora quiere asegurarte
de su inocencia, pidiendo
perdon de las inquietudes
que imprudente desvelo
ha podido ocasionarte.

Acem. Si, Acelina, aunque te han hecho
digna de ser adorada
de todo el mundo los cielos,
nunca tuve la osadia
de aspirar á tí; mi afecto

no no ha sido tan ambicioso:
éste es el anciano
Mostrando á Cecilia, que está á su lado.
de mi ternura.

Acel. ¡Infelice!
Acem. Cautivada en ese encierro,

como tú, verla lograba
rara vez; y mi deseo,
por acercarse á su vista,
me hizo cometer un yerro
muy culpable, pues con él
nacer sospechas pudiéron
á tu inocencia injuriosas.

Acel. Falta á mi pecho el aliento. *Aparte.*

Aim. Basta. En recompensa
del penoso sentimiento
que te he causado, yo mismo
enlazar tu mano quiero
con la de tu objeto amado,
y dotarla almismo tiempo.

Al castillo conduce,
adonde en pocos momentos,
para vuestra eterna dicha,
iré todo á disponerlo.

Acem. A Dios, hermosa Acelina:
perdóname.

Da la mano á Cecilia, y hace ademán de irse.

Acel. Yo fallezco. *Desmáyase.*

Acem. Soy amado. *Viendola caer.*

*Dexa á Cecilia, corre á Acelina, y la le-
vanta.*

ESCENA XIV.

*Dichos y Mariana, que ha visto caer á Ace-
lina, á ella.*

Mar. ¡Justo Dios!
Acem. Disimular ya no debo.

*Teniendo á Acelina, y defendiéndola de Ai-
mar.*

Amándome, ¿podré acaso
temer tu hierro sangriento?
Hiérenos, tirano, hiere,
que juntos bendecirémos
la muerte, que á reunir
va por siempre nuestros pechos.

Aim. Llévadle, guardias, al punto;
sepárense los perversos:
obedeced.

Acel. Tiembla, tiembla
bárbaro, ya nada temo:

Acelina al verse amada,
mira con rostro sereno
la muerte.

Mar. Aplacad la ira.

Aim. Obedeced.

Mar. ¿El aspecto
de su dolor no es bastante,
señor, á compadeceros?

¿habeis de ser su verdugo?

Aim. Os uniré, lo prometo,
en el sepulcro.

Acem. Acelina.

Acel. Acemon.

Ambos. A Dios.

Mar. Yo muero.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa de un lado la fachada interior del castillo, y en ella la ventana del aposento de Acelina: del otro lado un jardín. Cierra el teatro un rio que le atraviesa, y en la parte de allá se verán montañas.

ESCENA PRIMERA.

Aimar y Alberto.

Aim. Nada escucho: la venganza
es el placer que deleyta
á un pecho desesperado.

Alb. Ya, señor, en mi propuesta
os la ofrezco.

Aim. ¿De qué modo?

Alb. Si vuestro enojó desea
vengarse del imprudente,
que en disputaros se empeña
el corazon de Acelina
además de complacerla,
lo alcanzaréis.

Aim. Habla, Alberto.

Alb. Ordenad que se devuelva
á la tímida Acelina,
que al veros airado tiembla
su libertad: y asimismo
perdonado el jóven sea.

Aim. ¿Acemon!

Alb. Sí: despreciadle.

Aim. Un amante no desprecia

á su rival preferido.

Alb. Reflexionad que ahora empieza
su amor, pues no se ha hablado;
y verse han podido apénas.
Quando intentais seducirla,
no irriteis una belleza.
atormentando su alma,
en lugar de conmoverta.

Si os mostrareis generoso,
alcanzaréis su terneza;
si cruel, seréis odiado.

¿Lo que puede la clemencia
sobre un corazon sensible,
que el hombre mover intenta,
ignorais? ¡Ah! perdonadlos:
y luego Acelina sepa,
que vuestro rival odioso
debe su perdon á ella.

Aim. ¿Y quieres que le perdone?

Alb. Quiero que vuestra prudencia
un corazon le arrebate,
de que dueño se contempla:
para lograrlo, este esfuerzo
debeis hacer, porque entienda
Acelina, de qué modo
vuestro pecho señoréa.

Aim. No podré moverla, Alberto.

Alb. ¿Hay corazon que no mueva
la piedad? Con vuestra orden
iré á romper la cadena
de Acemon, y á desterrarle
del castillo: á consecuencia
le advertiré que ese rio
debe ser una barrera
para él insuperable
y que si osáre romperla,
y acercarse á estos lugares,
la muerte en ellos le espera.

Aim. Sí, la muerte.

Alb. De Acelina
exigiré la promesa
de renunciar al amante;
á quien benigno la ofensa
perdonais.

Aim. Dí que esta gracia,
es precio de su obediencia;
y que será revocada
si á hacerme feliz se niega.

Alb. Hablarla de enlace ahora
señor, arriesgado fuera.

Aim. Sin tal condicion, repito

no hay que esperar. *Aparte.*
Alb. Es prudencia
no irritarle; ya obedezco,
y voy con tan feliz nueva
de volveros la paz,
à hacer de modo que sea
vuestra órden respetada,
y à salvar á la inocencia. *Aparte.*

ESCENA II.

Aimar, y un Soldado.

Sol. Hablaros quiere un paisano,
gran señor.

Aim A mi presencia
condúcele.

ESCENA III.

Aimar solo.

Aim. Te perdono,
ingrata: y de mi clemencia
goza el rival que aborrezco,
aunque solo à tu belleza
debe esta piedad.

ESCENA IV.

Aimar y el Paisano.

Pais. Señor, *Con encogimiento.*
perdonadme, si...

Aim. No temas:
habla, ¿què quieres?

Pais. Mi amigo,
à quien amo con terneza,
está preso.

Aim. ¿Dónde?

Pais. Aquí.

Aim. ¿De quién lo supiste?

Pais. Cerca
estaba yo del castillo
quando fué preso.

Aim. La pena
es debida á su delito.

Pais. A vista de su inocencia,
extraño que contra vos...
mas creerlo será fuerza,
quando prenderle mandasteis.

En fin, mi amistad os ruega
que le perdoneis, señor;
y ya que tal no merezca
la culpa, su pobre madre
que con inquietud le espera,
ignorante del fracaso,
es muy digna por sus prendas
de la piedad.

Aim. Está bien:
dispondré lo que convenga:
vete.

Pais. ¡Dios mio! qué tratan
los hombres á la pobreza.

ESCENA V.

Aimar y Alberfo.

Alb. Tranquilizaos, señor,
que ya alcancé la promesa
de Acelina.

Aim. ¿Con que á hacerme
venturoso está resuelta?

Alb. Sí señor, ha producido
la generosa clemencia
el efecto deseado:
bañada en lágrimas tiernas,
con voz tímida, y el alma
de agradecimiento llena,
os dió gracias, prometiendo
obedecer.

Aim. Pues que sea
puesta en libertad al punto:
acábase la violencia:
libre sea, te repito.

Alb. Ya, señor, gozando queda
su libertad: al momento
que juró, mandé volverla
á su habitacion.

Aim. No importa
que abuse de esta licencia,
pues yo sabré si me engaña...

Alb. No temais quando sincera
ha jurado no faltar
á la debida obediencia:
Acemon siguió mis pasos;
voy á conducirle fuera
de este sitio, y á vedarle,
que qual hoy, osado vuelva.

Aim. Evitar quiero su vista,
pues harto pesar me cuesta
darle libertad ahora.

ESCENA VI.

Alberto y Acemon.

Alb. Ven, ó joven sin cautela,
á abandonar para siempre
esta morada funesta
á tu amor: las condiciones
con que rompí tu cadena
ya sabes: cuerdo procura
no faltar á la promesa.
Este rio de nosotros
para siempre te segrega,
y si al castillo de nuevo
te conduce tu imprudencia;
aunque sea á pesar mio,
haré que sufras la pena
por Aimar determinada.

ESCENA VII.

Acemon, y después Mariana.

Acem. Solo estoy: nadie me observa:
ya te perdí para siempre,
tierna amiga... ¿será fuerza
de aquí sin verte alejarme?
¿gozar por la vez postrera
este agradable horizonte?
Contemplar al ménos pueda
estos lugares á donde
una deidad me encadena.

Mar. ¿Aun estás aquí?

Acem. No puedo
apartarme de esta tierra.

Mar. ¿Desventurado ya nunca
enfrente de nuestra rexa,
te oiré cantar las mañanas.

Acem. ¿Y ántes que me parte de ella,
no podré ver á Acelina,
á mi Acelina? ¿me fuera
tan gozoso si lograré
hacerla solo una seña,
y recibir de su mano
el último á Dios! ¿A verla
estoy tan acostumbrado
ya desde léjos!

Mar. ¿Si hubiera
seguridad de que nadie
te viese! tu amada prenda,
allí está sola.

Acem. ¿Está allí?

Dile que aun me tiene cerca,
que solamente deseo
decirla á Dios. Qué de penas
atrae una despedida!

Mar. ¡Y qué placer acarrea!
mas hela aquí.

ESCENA VIII.

Acelina, y Mariana y Acemon.

Acel. ¡Aun te veo! *A la ventana.*

Acem. ¿Será por la vez postrera?

Acel. ¡Separarnos! no, no puedo.

Acem. ¿Y yo podré?

Acel. Estoy resuelta
á seguirte, mi Acemon.

Mar. y Acem. ¿Qué dice?

Acel. Que donde quiera
te he de seguir: un desierto
guardará nuestra inocencia;
y en él nos hará felices
el amor que nos alienta.

Acem. Yo no me atreví, Acelina,
á hacer la misma propuesta.

Mar. Tened prudencia, y oidme;
todo á mi entender se arriesga,
huyendo en este momento:
rezelo que hoy nos observan,
y que tal vez sorprendido
será Acemon á su vuelta:
temo igualmente que Aimar,
alucinarnos intenta,
y que el perdón otorgado
es lazo y estratagemas,
para hacerte consentir
en el enlace á que anhela.

Acem. Unirse con él!

Acel. Yo misma
por salvarte, con violencia
lo prometí.

Acem. ¿Qué pronuncias?
el tiempo, Acelina, vuelva,
no le perdamos.

Mar. Conviene
que ahora te vayas sin ella,
porque serémos perdidos
todos tres, si te la llevas:
vete, que esta noche misma
en el sitio donde quieras,

nos juntaremos. ¿Y cómo
podré tener yo certeza
de que no te han detenido?

Acem. Luego que á mi madre vea,
la qual será en breve tuya,
mi amigo con ligereza
vendrá al castillo.

Mar. No, no:
¿un hombre cómo pudiera
acercarse á estos lugares
impunemente?

Acem. Pues dadme
una traza con que pueda
decir la hora y el sitio
donde juntarnos convenga.

Acel. Escribirme es imposible.

Mar. Escucha una ocurrencia:
nuestra palomilla blanca
puede ser la mensajera.

Acel. ¿De qué modo?

Mar. Llévela
consigo Acemon, y suelta
en qualquier parte, á nosotros
volará con diligencia,
atado al ala un villete...

Acem. Entiendo.

Acel. ¿Qué bella idea!
dices bien, amiga mía.

Baxa al jardín.

Mar. Ya nos ha dado otras nuevas
la cándida palomilla:
quando salió de esta tierra,
ántes de su muerte el padre
de Acelina; con presteza
la avecilla de su estado
nos instruíra, y la mesma
el último á Dios nos traxo:
lo que hizo entonces contenta
por un padre, lo hará hoy
por amor.

Acel. Vamos apriesa,
y me la darás, Mariana.

Mar. Sígueme, que voy por ella.
*Aquí se retira el Soldado que observa,
y Mariana se entra.*

Acem. A Dios, hermosa Acelina.

Acel. A Dios, amado: ¿me esperas
esta misma noche?

Acem. Sí;
y en señal de mi promesa,

toma la mano.

Acel. Será
mi felicidad eterna.

ESCENA IX.

Acelina sola.

Acel. Tu, amor, que me has inspirado
esta dulce llama, vela,
vela de Acemon la vida,
y dignate protegerla:
oye los humildes ruegos
de una muger sola y tierna
y los pasos de un amante,
de tanto riesgo liberta:
á tu poder todo es fácil,
amable Dios; mi cadena
hoy rompes, y compasiva
me va á conducir tu diestra
á este asilo, donde quieres
que viva con él y muera.

ESCENA X.

Acelina y Mariana.

Mar. Ya se fué: pasará luego,
y quando á su casa vuelva
soltará la palomilla,
que volando placentera
á nosotros, el billete
nos traerá; y así contentas,
sabrémos que está seguro,
y que disponiendo queda
nuestra fuga; mírale
caminar por la ribera.

*Muéstrase Acemon en la otra parte del río
con la paloma, que besará enseñándola,
y desaparece.*

Mar. No tardará, según corre.

Acel. ¿Vive lejos?

Mar. No: muy cerca,
abita en una cabaña
que está en la ribera opuesta
de este río: media hora
tardaría otro qualquiera
en llegar; pero un amante,
dos minutos solo emplea.

Acel. Con que en medio del camino
nadie sus pasos detenga.

Mar.

Mar. El camino estaba solo; con todo, juzgo que sea mejor esperar aquí la paloma, cuya vuelta nos librará de inquietudes; ¡mas ay! ¡que el tutor se acerca! *Acelina*, disimula, y mas su esperanza alienta, que á proporcion crecerá tu libertad.

ESCENA XI.

Acelina y Aimar.

Acel. La destreza para fingir y engañarle, amor benigno me presta.
Aim. No esperes de mi, *Acelina*, reprehensiones ni aspereza: ya te perdoné, y al verte siento que ménos me cuesta excusarte, que culpable creerte: ya no me queda recuerdo de lo pasado, ni el por venir me atormenta, con la promesa que has hecho: ahora el gusto me dispensa de confirmarla.
Acel. Señor, la turbacion que me cerca, y el temor tan natural...
Aim. ¿Temor dices? dexa, dexa esa pasion á mi pecho, que á vista del tuyo tiembla si acaso leerá en tus ojos... ¿Pero por qué nuestra lengua habla de temor ahora? ya no hay lugar á mi queja; pues en hacerme feliz has consentido sin fuerza: tú no eres falsa, *Acelina*, ni da lugar á sospechas tu candor.
Acel. ¡Cuál me violento! *Aparte.*
Aim. Rompe el silencio, no temas: con una sola palabra mi felicidad aumentas.
Acel. Señor, sé que he prometido...
Aim. ¿Qué! ¿te arrepientes?
Acel. Dispuesta

á obedeceros estoy.

Aim. Ya veo que la obediencia solo, cruel, he logrado; mas tú podrás quando quieras usar del poder.
Acel. No se hizo para mí tanta grandeza.
Aim. ¿Qué pronuncias? ¿Nuestro enlace diferir acaso intentas?
Acel. No, señor: he prometido, y obedeceré. ¡qué pena! *Aparte.*
Aim. ¿Obedecerás? Pues bien: ya que á mandar me violentas, ten á bien que de tí exija una gracia muy ligera.
Acel. ¿Cuál, señor?
Aim. En adelante no podré, como deseas, estar Mariana contigo.
Acel. ¡Mariana!
Aim. La confidenta de *Acelina* inobediente, no es regular que lo sea de *Acelina* fiel esposa.
Acel. Resistirle es imprudencia. *Aparte.* Aunque este golpe, señor, es muy sensible, que ordena la razon, que soportarle debo sin la menor queja: recibid mi aprobacion en señal...
Aim. ¿De tu obediencia?... Cól mala de beneficios; pero que hablarte no pueda, y goce mas feliz suerte léjos de tí.
Acel. Si licencia me dais, iré á consolarla, porque me ama con terneza, y sentirá, á par del alma, separation tan funesta.
Aim. Anda, *Acelina*: no puedo negarte quando ruegas.

ESCENA XII.

Aimar solo.

Aim. No es natural esta calma: tanta sumision no es buena: hay engaño, hay disimulo.

¿La desdichada, qué espera?
 ¿quáles serán sus designios?
 Ha convenido en la ausencia
 de Mariana, reprimiendo
 el dolor que la atormenta:
 me engañas: zelos, venganza,
 que en mi pecho te alimentas:
 solo vuestra voz escucho,
 recobrad la antigua fuerza.

ESCENA XIII.

Aimar y el Soldado.

Sold. Señor.

Aim. A informarme viene.

¿Qué nuevas traes? Dame cuenta.

Sold. Todo lo he visto, señor.

Antes que Acemon partiera
 le hablé; y aunque no he podido
 oírlos bien, ví que cerca
 del río conduxo al jóven
 Mariana, y le entregó...

Aim. Cesa,

que vienen las dos aquí:
 entrémos, y lo que resta
 me dirás.

ESCENA XIV.

Mariana y Acelina.

Mar. No mi Acelina:

¿dexarte yo? no pudiera.

Antes de llegar la hora
 de mi partida violenta,
 habrémos ambas dexado
 esta prision funesta.

Ya habrás llegado Acemon,
 y luego à nuestra presencia
 vendrà la amable paloma.

Paisanos y Paisanas en el otro lado del río.

Acel. ¿Qué gente, amiga, es aquella?

Mar. Habitantes del país,
 que à felicitarte entran
 como à esposa de su amo.

Acel. ¿Y si la paloma llega?

Huyamos de ellos, Mariana.

Mar. Guàrdate. Si tal hicieras,
 te buscaràn importunos,
 Acelina, donde quiera.

A vivir en tu aposento
 la paloma ya está hecha,
 y allà volará: yo voy
 à abrir, para quando venga,
 las ventanas, y à esperarla.
Acel. Quando huyamos, será fuerza
 el llevarla con nosotros.

Mar. Sí, sí; pero ya se acercan
 los paisanos: disimula.

ESCENA XV.

Acelina y coro de Paisanos y Paisanas.

Coro. Salud à la hermosa,
 la amable Acelina,
 que el cielo destina
 à tan alto honor;
 aquesta olorosa
 guirlanda recibe,
 y por siempre vive
 feliz con tu amor.

Pónenla una guirlanda de flores.

Acel. De vuestra amistad sincera
 la recibo, prometiendo
 ser eternamente vuestra.

Coro. Salud à la hermosa, &c. *Se van.*

ESCENA XVI.

Acel. A Dios, amigos, à Dios:
 me enternece su inocencia.
 ¡Qué me quieren y yo ingrata
 voy à dexar su terneza.
 Este es, Acemon amado,
 el placer que en recompensa
 sacrifico à tu cariño.

Mariana à la ventana.

Mar. No te retires, y observa
 cuidadosa à todas partes.

*Aimar pasa por la otra parte del río
 con escopeta, seguido de un Soldado.*

Acel. ¡Qué veo! ¡con escopeta
 Aimar! ¡qué dicha! va á caza.

Mar. Así en libertad nos dexa.

Acel. ¿Estará Acemon seguro?

Mar. En breve dará la vuelta
 nuestra paloma: cuidado
 que estes, Acelina, atenta.

Acel. Vuela aprisa, palomilla,
 que Acelina te desea,

esperado que la traigas
de su tierno amante nuevas.
¿No ves nada?

Mar. Aun no la veo.

Acel. Si algun fracaso...

Mar. No temas:
esperémos otro poco.

Acel. Mi corazon atormenta
un triste presentimiento.

Mar. No estés con esa impaciencia:
ya la veo, ya la veo.

Acel. ¡O qué dicha! ¡cómo vuela!

*Dexa ver la paloma: óyese un escopeta-
zo, y cae el ave muerta: Aimar vuel-
ve á pasar el rio con el arma.*

Acel. y Aimar. Yo muero.

Desaparece Mariana.

Acel. ¡Funesto golpe!

¿En situacion tan adversa
qué he de hacer? ¿dónde ocultarme?
otro recurso no queda
si no huir de esta morada
que mi corazon detesta.

Huye por el jardin.

ESCENA XVII.

Aimar y Guardias.

Aimar con la paloma y la carta.

Aim. ¡Qué desgraciado nací!
el traidor, cuyas ofensas
perdoné, de mi castillo
llevar á Acelina intenta:
escuchad y estremeceos.

Lee. «Luego que el fiel mensagero te haya
entregado este billete, corre sin tardan-
za al reducto secreto donde te espera
mi corazon: huirémos, si es forzoso,
hasta el fin del universo en busca de
un agradable asilo, donde podamos
gozar tranquilamente de una suerte
mas feliz léjos del tirano que te tiene
esclavizada.»

Uno de los Guard. ¡Cielos!

Aim. El furor me ciega.

Vengadme, amigos, vengadme:
cubierto de heridas, muera
el pérfido que me ultraja.

Guard. Será su muerte sangrienta.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, y dos Paisanos que salen corriendo.

Un Pais. Señor, acudid aprisa,
que Acelina ya se aleja
de este lugar.

Aim. ¡Acelina!

Pais. Huyó con tal ligereza,
que alcanzarla no pudímos.

Aim. Corramos luego tras ella,
y el traidor que la seduce
ante sus ojos perezca.

ACTO TERCERO.

*El teatro representa una grande roca
abierta en forma de bóveda, á cuyo pie
está la morada de Matilde, y encima
hay un camino transitable con arbus-
tos; por la abertura de la roca se vé
el rio, y en fondo una graciosa campiña.*

ESCENA PRIMERA.

*Acemon y algunos amigos suyos apare-
cen sentados baxo de la roca: los ami-
gos de Acemon tienen cerca de sí los
instrumentos de agricultura.*

Acem. Este es, amigos, el sitio
donde venir la he mandado,
y donde mi corazon
ansioso la está esperando.
¡qué largas se hacen las horas
al que tiene este cuidado!
¿Está ya todo dispuesto?

Pais. Nada falta: y observando
quedan otros en el rio.

Acem. En especial os encargo,
que no advirtais á mi madre
del peligro en que me hallo:
pero ya debéis, amigos,
de este lugar alejaros,
puesto que á baxar empieza
el sol, y se va alargando
de los árboles la sombra
hácia la gruta. Sed cautos,
repito, pues aun ignora
mi madre el penoso daño

que

que sufrí, y el que me espera,
 si mi terrible contrario
 llega á descubrir la fuga,
 y puede haberme á las manos.
 La imágen de esta desgracia
 apartar es necesario
 de su ternura, que siempre
 al castillo me ha vedado
 acercarme. El nombre solo
 de Aimar le da sobresalto:
 ¡quál padeciera sabiendo
 que á su furor inhumano
 estoy expuesto! El secreto
 la confiarémos quando
 esté ya libre del riesgo:
 pero vosotros en tanto
 observad por todas partes.

¿Está preparado el barco?

Pais. Todo, Acemon, está pronto;
 y no hay para qué temamos,
 pues á una legua de aquí
 los límites señalados
 estan de la tierra, en donde
 Aimar ya no tiene mando.
 La rapidez de este rio
 será bastante á llevarnos
 en una hora.

Acem. Al momento
 que la veais...

Pais. Ya, ya estamos
 en conducirla á tu vista.

Otro. Despues yo vendré á buscaros.

Acem. Y yo avisaré á mi madre,
 luego que estemos á salvo:
 á Dios.

Todos. A Dios.

Acem. Partirémos
 todos juntos. *Vanse los Paisanos.*

ESCENA II.

Acemon y Matilde.

Mat. ¿Qué he escuchado?
 ¿tú partir, hijo querido?
 ¿dexarme quieres, ingrato?

Acem. ¿Imagináis, tierna madre,
 que yo pueda abandonaros?
 A mis amigos decia,
 que iré... luego... á acompañarlos.

Mat. Tú me engañas. Ya hace días

que muy trocado te hallo:
 tu inquieta melancolía,
 las ausencias de mi lado,
 todo me anuncia que ya
 no soy el objeto ansiado
 de tu amor qual otros días;
 ¡que yo misera no basto
 á hacerte feliz!

Acem. Señora:

yo... soy... no me atrevo á hablaros!
 excusad mi turbacion,
 cuya causa de mi labio
 habeis de saber, y entónces
 hallará disculpa acaso
 mi corazon en el vuestro.

Mat. Háblame, Acemon, mas claro.

¿Puedes tener un pesar,
 y de tu madre ocultarlo?

¿quál es tu temor? ¿quál es
 este impenetrable arcano?

¿y quién mejor que mi diestra
 enxuar podrá tu llanto?

Conmovido y aparte.

Acem. Por no afligirla, guardar
 el secreto es necesario.

Mat. ¿Mas tú callas, y suspiras?
 ¿què mal te està amenazando?

Acem. Amada madre, ninguno, *Turbado.*
 ninguno; tranquilizaos,
 nada teme vuestro hijo...
 sereno està, y sin cuidado...
 lo sabréis todo... no es nada...

Mat. El amor te ha subyugado.

Acem. ¿A mí el amor?

Mat. Sí: tú amas:
 hace dias temblando
 lo sospeché; pero ya
 tengo certeza.

Acem. ¿Y acaso
 miraréis como delito
 un sentimiento tan grato?

Mat. Te compadezco, hijo mio.

Acem. ¿Habeis algun tiempo amado?

Mat. Por mi desgracia.

Acem. Infelice
 y á quien los cielos negaron
 la dicha de conocer
 al que la vida me ha dado!

Mat. ¡Oxalà siempre lo ignore!

Acem. Pero segun lo que alcanzo,
 vos le amabais con ternura.

Mat. Hijo mio, sella el labio:
que es horrible tal memoria.
Respeto siempre un arcano,
del que pende tu reposo:
ven á estrecharte en mis brazos;
¡mas ay! que siendo tú solo
el bien que ya me ha quedado
de una pasion tan funesta,
ahora intentas, inhumano,
robármelo.

Acem. ¿No me ánima
un corazon, que formado
habeis á exemplo del vuestro?

Mat. Si es así, de tu quebranto
hazme sabedora al punto.
Tu corazon estrechado
en el mio me franquea:
soy compasiva, te amo;
y la reprehension amarga
nunca salió de mi labio.

Acem. ¡Ay! dexadme.

Mar. ¿Tú me huyes?

Acem. El momento ya ha llegado. *Aparte.*
y va á venir.

Mat. ¿Qué delirio
así te tiene embargado?
¿quáles designios meditas?
errantes veo girando
tus ojos por todas partes:
yo me estremezco.

Acem. Calmaos.

No es nada, nada, os lo juro:
quisiera hablar sin reparo,
pero temo... no, no puedo.
A Dios.

Mat. ¿Me dexas, ingrato?

Acem. Os veré en breve, muy breve:
Corriendo.

para nunca mas dexaros.

Mat. Hijo, Acemon: ¡ay!

Acem. A Dios.

ESCENA III.

Matilde sola.

Mat. ¿Me habrá por siempre dexado?
¡O funesta despedida!
¿qué intentará, cielo santo?
Solo faltaba á los males,
de que cercada me hallo,

la pérdida de este hijo,
que tan solo me ha quedado
para consuelo. ¡Infelice!
yo creía que su dardo
á mi solo asestaría
la desgracia, y no á mi amado
Acemon; esta esperanza
aliviaba mi quebranto;
pero ya triste la miro
desvanecida en mi daño.
Hágate, querido hijo,
amor mas afortunado
que á tu madre: ¿mas qué veo?
á mí se viene acercando
una jóven fugitiva.

ESCENA IV.

Matilde y Acelina.

Acel. Ponedme, señora, á salvo
por piedad.

Mat. ¿Qué mal te aflige,
tierna niña?

Acel. Los soldados
me persiguen: esos tigres
que vienen amenazando
mi triste vida... el dolor...
la turbacion... el cansancio...
no puedo mas.

Siéntase sobre una piedra.

Mat. Cálmate:
tranquila goza el descanso,
yo te ocultaré piadosa:
te serviré.

Acel. El justo pago
dé á vuestra bondad el cielo.
al fin hallé, por acaso,
un corazon á quien mueve
el infortunio.

Mat. Sus daños
ha dias que experimento.

Acel. ¿Tambien os han alcanzado?

Mat. Tambien; pero mi desgracia
sera menor, en logrando
la tuya aliviar; ¿quién eres?

Acel. La víctima que un tirano
á su furor preparaba.

Mat. ¿Es tu deudo por acaso?

Acel. No señor: un poderoso
que por violencia mi mano

intentó lograr.

Mat. ¿Estabas
en su poder?

Acel. Yo lo llamo
una prision.

Mat. ¿Y lograste
huir de su vista?

Acel. Quando
al altar iba á llevarme.
Por senderos ignorados
he venido disfrazada,
con este traje aldeano
que tomé en una cabaña,
para engañar los malvados
que me persiguen: ¡mas ay!
caeré de nuevo en sus manos.

Mat. ¿Te han visto?

Acel. Desde esa roca
los guardias he divisado
en la otra parte del rio,
el qual, en breve pasando,
aquí vendrán á prenderme:
¡si á mí sola aqueste daño
amenazará!

Mat. ¿Pues qué
aun hay otro desdichado?
habla.

Acel. Ocultadme, ocultadme;
que ya me viene buscando
el feroz Aimar.

Mat. ¿Qué nombre
ha pronunciado tu labio?

Acel. El del tirano.

Mat. ¡Infeliz!

Acel. ¿Le conoceis?

Mat. Demaciado.

Con sentimiento.

Acel. No me descubrais, señora.

Mat. Conocerás que no es falso
mi corazon.

Acel. Por desdicha,
¿tambien os ha atormentado?

Mat. Ven á mi choza.

Acel. Señora,
el secreto que os encargo...

Mat. Nada temas, que el asilo
á todos será ocultado.

Acel. Oigo ruido;

Mat. Sigueme.

*Tómala de la mano, y éntrala
en la cabaña.*

ESCENA V.

Acemon y Mariana.

Acem. ¡Mi esperanza ya ha acabado!
¿qué dices?

Mar. ¡Ay! huye, huye:
que te persigue el tirano.
Tu seguridad procura,
y en su prision y quebranto
se consolará Acelina,
sabiendo que te has librado
de sus verdugos.

Acem. ¡Huir!
¡abandonarla yo ingrato
quando por mi causa gime!
no puedo, no: ya á esperarlos
resuelto estoy: que me prendan,
y me lleven los soldados
á los negros calabozos
del opresor inhumano:
así estaré cerca de ella,
sus cadenas arrastrando;
respiraré el ayre mismo,
y lloraré mi fracaso
baxo el mismo techo.

Mar. ¡Ay triste!
que así te vas acercando
á la muerte.

Acem. ¿Y no es morir
estar de ella separado?

Mar. Huye te ruego.

Acem. Al castillo
iré la muerte buscando:
plegue al cielo que mi sangre
sacie el furor del tirano;
y de este modo liberte
á mi bien idolatrado,
del tormento que la espera.

ESCENA VI.

Dichos y Matilde.

Acem. ¡Madre infeliz!

Viendo á Matilde.

Mar. ¡Día aciago!

Mat. Hijo mio: ¿qué lamentos,
qué dolor desesperado
tu pecho oprime?

Mat. Señora:

tened, tened ¡ay! los pasos
de vuestro hijo, que va
á perderse alucinado.

Mat. Escucha, Acemon, escucha
mi triste rogar: ¡insano!
¿quieres ver mi muerte?

Acem. Madre,
no me permite escucharos
mi desesperado encono.

Mat. Al ménos dí apiadado,
dime tu dolor.

Acem. La tiene
en su poder el tirano:
esclavizada suspira,
y estoy de ella separado
para siempre, para siempre:
otro recurso no hallo
á mi dolor, que la muerte.

Mat. ¿Mas de quién te separaron?
habla.

Acem. De mi bien, mi vida,
de la que ciego idolatro:
de Acelina.

Mat. ¿De Acelina!

Mar. No perdamos tiempo: huyamos,
huyamos, que Aimar ya llega.

Mat. ¡Aimar! ¿qué pronuncias?

Acem. Vamos
á que me quite la vida,
ó con pecho mas humano,
á mi Acelina me vuelva:
á Dios.

Mat. Escúchame, incauto:
¿dónde corres?

Acem. A la muerte.

ESCENA VII.

Dichos y Acelina.

Acel. Vuelve, Acemon, á mis brazos:
Acemon...

Acem. ¿Qué voz escucho?

Mat. ¡O cielos!

*Mariana abraza á Acelina, la qual
se arroja en los brazos de Acemon.*

Mat. ¿Qué estoy mirando!

Acem. ¿Tú aquí, Acelina?

Mat. Mi hijo, mi rival
de Aimar! ¡desdichado!

Acem. Miradla, madre, y veréis
si el amor en que me abraso
es digno de reprehensiones.

Mar. ¡Qué prodigio tan extraño
hallarte en estos lugares!

Acem. ¿Qué deidad, aquí, tus pasos
ha conducido?

Acel. El amor.

Mar. ¿Quién te libró del tirano?

Acel. Mi valor.

Mar. ¿Este asilo quién te ha dado?
Mostrando á Matilde.

Acem. La humanidad: ¿pero vos
la madre de mi adorado?

Acem. Y tuya.

Mat. Queridos hijos,
vuestro peligro cercano
me hace temblar: ¿de qué modo
pudiera yo libertaros?
¡si supiérais el secreto
que me está martirizando!
este Aimar, este rival
de Acemon...

Acem. ¿Qué?...?

Mat. No me es dado
explicarme.

Acel. Hablad.

Mat. ¿Lo quieres?

Escucha, pues, el arcano:
ese mismo que os persigue,
y cuyo amor ha causado
vuestra desventura...

ESCENA VIII.

Dichos, y los amigos de Acemon.

Pais. Huid,
huid: que ya van llegando
á sorprenderos los guardias.

Acem. Vedla, amigos, á mi lado:
vedla ya libre.

Pais. ¡Qué dicha!

Acem. Vuestro socorro y amparo
prestadla compadecidos;
defendedla: resistamos
unidos á la violencia,
y á un asilo solitario
dónde oprimida no sea,
su inocencia conduzcamos.

Todos muestran los instrumentos que les sirven de armas.

Pais. Te juramos defenderla.

Acem. Deponed el sobresalto tierna madre, y tú Acelina, para seguir nuestros pasos, que el valor de mis amigos triunfará de los contrarios.

Pais. Si es forzoso, moriremos en vuestra defensa.

Acem. Huyamos, siguiendo el mismo destino.

Al huir, salen los Guardias de Aimar, quienes cercando la salida de la gruta, los detienen.

Guard. Tened, y nadie sea osado á resistir.

Poniéndose en defensa.

Pais. La inocencia defender todos juramos.

Mat. Dios de piedad, protegednos.

Guard. Temed, temed insensatos: sufriréis la misma pena.

Pais. Hasta morir resistamos.

Guard. Arrancárosla sabrémos.

Pais. No os acerqueis, temerarios.

ESCENA IX.

Dichos y Aimar.

Las dos tropas se separan á vista de Aimar, y él pasa por medio.

Aim. Pues qué á resistir se atreven, no haya clemencia, soldados: todos mueran: de mí encono ¿quién hoy podrá libertarse?

Mat. Yo.

Aim. ¡Dios! ¿qué miro? ¡Matilde!

Mat. Si, cruel: yo soy.

Aim. ¡Qué espanto!

¡Matilde!...

Todo lo que sigue en voz baxa con misterio.

Acel. y Acem. ¿Por qué se turba?

Mar. Atónito se ha quedado.

Acel. ¡Qué sorpresa!

Acem. ¡Qué silencio!

Suspira.

Mar. ¿Se habrá apiadado? ó su castigo medita.

Aim. ¡Fatal encuentro! *Aparte.*

Mat. Temblando mi pecho está.

Mar. ¡Qué vacila!

Aim. ¿Cómo te has determinado *A Matilde.*

á proteger un traidor, de mis deseos contrario?

Huye, Acelina culpable, de mi vengativo brazo:

¿y tú les das un asilo?

pero nadie libertarles hoy podrá de mi venganza:

obedeced mi mandato. *A los Guardias.*

Mat. Tened.

Acem. Amigos. *A los Paisanos.*
Se ponen en defensa.

Mat. Pues nada *Esforzando la voz.*

su furor ha mitigado, camina, querido hijo, á recibir el infausto golpe de tu mismo padre.

Aim. ¡De su padre!

Mat. Sí: inhumano, hiere á tu hijo.

En la mayor turbacion.

Aim. ¿Qué escucho?

Acelina y Acemon se van acercando tímidamente hasta arrodillarse ante Aimar, quien estará profundamente reflexivo.

Acem. y Acel. ¿Nos recibis apiadado por vuestros hijos?

Aim. ¡Qué pena!

En tan imprevisto caso, ¿qué he de hacer? ¡funesto día!

Mat. ¿Conoces mi voz, ingrato?

Acem. y Acel. ¿Seréis nuestro padre?

Aim. Aparta. *A Acelina.*

Acem. A vuestros pies imploramos nuestro perdón.

Aim. ¡Ah, Matilde! *Suspirando.*

Mat. La misma soy.

Aim. Alejaos

para siempre de mí vista, que me estais atormentando.

Mat. Cruel: ¿castigarlos quieres?

Cogiendo con fuerza á Acemon y Acelina.

Aim. Quiero en este día á entrambos uniros:

Abraza á Matilde, y á los dos amantes.

esposa, llega:

venid hijos á estrecharos
 en mi corazon. Conozco *A Acelina*.
 mi ceguedad, y aun te amo;
 pero solo como padre.
Mat. ¡O Júbilo inesperado!

¡día feliz!
Acem. Pues el cielo,
 nuestros ruegos escuchando,
 nos vuelve la paz ansiada,
Todos. Su clemencia bendigamos.

FIN.

CON LICENCIA: BARCELONA.

POR AGUSTIN ROCA.

Á Costa de los libreros asociados.